

lista, la edición de periódicos y se dictaban conferencias. A partir de la experiencia de este organismo, los obreros lograron obtener protagonismo como actores públicos. Las prácticas del anarcosindicalismo permitirían que los grupos políticos impulsaran reformas sociales en un sentido obrerista.

El libro de Anna Ribera Carbó reconstruye de manera magistral la historia de la Casa del Obrero Mundial, los debates en los que estuvo inmiscuida, la manera en la que creó conciencia de clase entre los trabajadores, pero sobre todo la forma en la que se convirtieron en actores sociales visibles. No me cabe

la menor duda de que este libro se convertirá en un clásico de la historiografía obrera, en particular, y de la Revolución mexicana, en general, debido a que aporta nuevas evidencias documentales y una interpretación novedosa de la actividad de los obreros durante el periodo revolucionario.

## Vademecum del Palacio Nacional

### Salvador Rueda

*Palacio Nacional. Reflejo vivo de una nación*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 2005.

“El espacio se mide por el tiempo”, afirmaba Jorge Luis Borges en su prólogo a *Los nueve libros de la Historia* de Heródoto, texto primigenio en la apelación al pasado con mirada inquisitiva y con propósitos de verificación. Borges se refería a la medida del espacio marcado con los ritmos de los pasos del viajero: el tamaño del mundo, de los mares y regiones, de las ciudades y de sus edificios podía calcularse según los itinerarios que se gastaba en recorrerlos; pero Heródoto también medía al mundo y al espacio en otro sentido: sus paisajes eran no sólo los presentes, sino los atestiguados por la memoria, la tradición, los monumentos antiguos y la posibilidad de relatar el horizonte visible desde sus más oscuros orígenes.

Un sentido similar puede descubrirse en el libro *Palacio Nacional. Reflejo vivo de una nación*. El tamaño de este edificio se mide con su tiempo histórico y, ahora, con los pasos que se podrán invertir en recorrerlo. Con una ventaja sobre la aventura de Heródoto —y de la mayor parte de los viajeros anteriores por el palacio—: se tiene una guía de mano que sirve de carta de navegación segura por este espacio, que es abreviatura de nuestra historia. El asunto podría parecer de importancia menor, pero creo que, si lo pensamos un poco, no lo es tanto. Los textos anteriores sobre este tema mantienen un halo misterioso sobre la realidad física de este edificio, que para buena parte de los mexicanos sólo es la fachada que cierra el oriente de la Plaza Mayor de la ciudad de México. Podríamos repetir, como si no hubiese perdido actualidad, aquella frase de los *Diálogos* de Cervantes de Salazar: “¡cuánta et quam munita facies!”, “¡cuán extensa y fuerte es su fachada!”, aun-

que sabemos que la forma fortificada del palacio en tiempos de Cervantes de Salazar —el mediodía del siglo XVI— hace siglos que se cambió por la del edificio de corte más civil que hoy se ve. Pero regresemos a la idea central: es decir, que para buena parte de nosotros, el interior del edificio se reduce a unos patios y algunos salones, a la fuente del Pegaso, las escaleras principales y los pasillos que llevan a los recintos museísticos, a oficinas o a detenernos en la narración de la historia mexicana según ese evangelista y mitógrafo que fue Diego Rivera. Así, al leer relatos sobre sucesos dentro del palacio hemos tenido que reconstruir el contexto físico para imaginar las circunstancias y los hechos. A manera de simple ejercicio probatorio, permítaseme usar algunos ejemplos que he escogido arbitrariamente, y sirven además para ubicar la estirpe del libro que ahora presentamos.

En 1936, don Artemio de Valle-Arizpe publicó en un grueso volumen

*El Palacio Nacional de México. Monografía histórica y anecdótica.* De su erudición, buena pluma y mejor sentido del humor sabemos buena parte de los sucesos en las entrañas del palacio, de los altos personajes que ahí vivieron y otros que murieron entre sus paredes, de sus gustos y malos ratos, de las torpezas políticas, conjuras, chismorreos y excentricidades que brevemente bañan la biografía de este edificio. También, por supuesto, de los hechos trascendentes y las decisiones de buen gobierno que dibujan el perfil de varios verdaderos estadistas que, por sus investiduras políticas, llenaron con sus nombres este espacio. Libro que es tanto un recuento histórico de los sucesos cotidianos, chuscos algunos, trágicos otros, como catálogo anecdótico que da fe de la vitalidad íntima de este corazón de la vida nacional y sede del poder político de todos los modelos gubernativos que se han ensayado en México. Don Artemio de Valle-Arizpe iniciaba, con este encantador volumen, “una serie de obras que pudieran llamarse de *historia indirecta*”.

Años después, otro sabio, el doctor Efraín Castro, dio a la luz otro libro sobre el palacio nacional que develaba los secretos de la historia privada de este edificio público. Libro hermoso, sin duda, inobjetable en cualquier biblioteca, pero que ha corrido con una extraña suerte: le ha tocado ser algo así como un clásico, habitante continuo de notas al pie y de citas textuales en cualquier conferencia sobre el palacio, monografía indispensable para todo lector curioso, pero hoy de difícil acceso para el lector común.

Es posible citar un tercer libro de este mucho más amplio linaje

erudito de historias y narraciones literarias sobre el palacio. Libro breve y harto sugerente: el de Guillermo Tovar y de Teresa, *Pegaso*, publicado por Editorial Vuelta en 1993, donde relata los avatares de un proyecto frustrado, rama trunca de una historia alguna vez posible y después olvidada. Tovar habla de esa suerte de utopía política que tal vez se soñó para la Nueva España, cargada de signos y emblemas de una identidad que no acababa de fraguar, durante el último tramo del siglo XVII.

Estos libros, y seguramente otros más que han tenido como tema central al palacio nacional, exigen al lector el uso de la imaginación para recorrer pasillos, escaleras, salones, patios y fuentes, rincones y muros para encontrar en ellos a hombres y mujeres vivos legislando, estudiando en documentos que en esos momentos fueron abreviatura del país en una mesa, debatiendo, resolviendo. También se les puede imaginar deambulando, hablando, decidiendo, pintando, festejando; pero también trabajando intensamente, buscando imprimir su sello personal en muebles, esculturas, óleos, detalles arquitectónicos... O, en otras alas, remotas si se parte del eje del poder político central, acuñando, pesando, calculando, despachando, remitiendo, pensando en el sentido y propósito de su espacio museístico, conservando objetos legados del pasado, estudiando, escribiendo. En fin, esos libros recurren a una petición de principio, el de un cierto *pathos* de la distancia: la geografía menor de sus relatos y descripciones, el universo cerrado del palacio, apenas puede reconstruirse mentalmente

por fragmentos. Ninguna culpa tienen, por supuesto, los autores ni los editores de esos libros; pero había de cualquier manera, una ausencia: el libro que diera proporción humana a este lugar, sitio al que accedimos por siglos sólo a través de la palabra y en el siglo XX a través de esa realidad condensada que nos dan las lecturas fotográficas y filmaciones. Nada podíamos saber sobre los ritmos de los pasos, de las cadencias de los diálogos, de la grandeza de ese pequeño mundo. Faltaba, hasta la publicación de este libro guía, la estatura humana.

Hace ya algunos años que el palacio abrió sus puertas al ciudadano común. Se puede caminar hacia los patios marianos, subir por las escaleras centrales, admirar y leer los murales de Diego Rivera, visitar sus espacios museísticos —desde el Museo Nacional de las Culturas, llamado entre 1910 y 1964 Museo de Arqueología, Historia y Etnografía, hasta el Recinto Homenaje a Benito Juárez, el Recinto Parlamentario y desde 2010 a la Galería Nacional—, disfrutar de ventanales, cielos rasos pintados a modo de “trampas del ojo”, muebles, libreros, candelabros; pero la travesía, para los legos, era hasta hoy una aventura en buena parte desapercibida dentro de este enorme laberinto del poder.

“El espacio se mide por el tiempo”. Recorramos hacia atrás para entender la magnitud de la importancia de este edificio, geografía sintética de nuestro país, y los pasajes históricos y anecdóticos que dan perfil a los personajes que han caminado por estos sitios a lo largo de casi cinco centurias. Vayamos, indistintamente, de una época a

otra; detengámonos en el primer tramo del siglo XVII. Imaginemos a José Vasconcelos. Pero no al reconocido impulsor de la lectura y la alfabetización, secretario de Educación Pública de la época del presidente Álvaro Obregón, promotor del muralismo como mecanismo de la didáctica de la historia y de la antropología como vehículos de la identidad y la memoria mexicanas; no a ese José Vasconcelos, quien deambuló también por los corredores del palacio en 1914 como convencionista y luego en los años veinte, ya reconciliado con el constitucionalismo... sino a aquél otro José Vasconcelos, personaje pícaro conocido como el *Negrito Poeta*, quien fuera tolerado por varios virreyes, entre otros el virrey conde de Moctezuma. Don Artemio de Valle-Arizpe cuenta, entre otras ingeniosas correrías del *Negrito* en palacio, que el bardo y el virrey Moctezuma eran bizcos; un día, durante una ceremonia religiosa en la capilla del palacio presidida por el gobernante, el poeta se dirigió al altar donde estaba una imagen de Santa Lucía con los dos ojos en la bandeja, como indica la iconografía de esta abogada de los enfermos de la vista, y pidió fervorosamente: “Señora Santa Lucía,/por tu singular clemencia/ dame un ojo, Santa mía/ y otro para Su Excelencia”.

Otras anécdotas más son de humor involuntario. Demos algún ejemplo. Imaginemos a fray García Guerra, arzobispo-*virrey* durante siete meses entre 1611 y 1612, caminando en los pasillos del palacio, mirando hacia el patio principal, sonriendo ante el proyecto constructivo que lo haría famoso. Permítanme citar en extenso a Valle-Arizpe, quien

juzga con ironía al gobernante máximo de la Nueva España, a despecho de aquella regla que nos señalara el maestro Edmundo O Gorman de que la historia se hace para explicar el pasado y no para regañar a los muertos; escribió Valle Arizpe que el buen fraile virrey hizo en palacio “algo magnífico, algo estupendo, una cosa necesaria en la que nadie había reparado hasta entonces. ¡Lo que es tener perspicacia para notar lo que hace falta! Hizo una plaza de toros Don Fray García Guerra, con la que alegró a toda la ciudad y con la que él le dio amplio gusto a su gusto”. Todos los viernes de esos siete meses de gobierno hubo magníficas corridas de toros en el palacio, a excepción de los dos viernes en que se suspendieron porque tembló la tierra antes de salir el primer toro. De cualquier manera, el virrey murió muy pronto, a consecuencia de un accidente en su carroza. La tradición de su época desveló una sospecha: esa muerte no fue fortuita sino castigo divino, pues el fraile virrey faltó a una promesa solemne a las monjas del Real Monasterio de Jesús María, a quienes literalmente dejó vestidas y alborotadas.

Es posible repasar algunos de los buenos ratos en la intimidad palaciega. No abundaré en ellos, y tan sólo los tocaré brevemente. Algunas de las costumbres e inclinaciones virreinales no debieron ser muy distintas de las decimonónicas e incluso de las del siglo XX o las actuales. Por ejemplo, las tertulias literarias, las representaciones de comedias y dramas, conciertos, saraos, conferencias, onomásticos, ceremonias religiosas, patrióticas y civiles, besamanos, congratulaciones, el Grito, anuncios de cara a la nación, etcé-

tera. Fue memorable durante algunos años la fiesta en la que, hacia los tiempos del virrey conde de Gálvez, desde el patio principal del palacio se lanzó un globo aerostático, lleno de colores y luces, que fue a caer por los rumbos del Peñón. Entre los personajes más famosos que visitaban el palacio pueden contarse desde la admirable joven sabia Juana de Asbaje en la segunda mitad del siglo XVII, el no menos sabio —pero antipático— José Antonio de Alzate, el padre de la arqueología mexicana don Antonio León y Gama, el ingenioso fray Joaquín Bolaños, don Joaquín Velázquez de León, don Mateo Alemán, todos ellos hacia finales del XVIII, el barón Alexander von Humboldt, el perspicaz joven Simón Bolívar —quien fue invitado a salir de la Nueva España por sus ideas contrarias a Carlos IV—, el padre Servando Teresa de Mier, don Carlos María de Bustamante, don Lucas Alamán, don José Fernando Ramírez, José Zorrilla y don Francisco Díaz Covarrubias, el general Felipe Ángeles, Diego Rivera, entre muchos de los mejores espíritus y mentes, más allá de sus opiniones y prácticas políticas, que fueron compañeros de gobernantes decimonónicos desde Agustín de Iturbide y Guadalupe Victoria hasta Porfirio Díaz, Francisco I. Madero y los presidentes modernos sólo para mencionar a los que tengo a la mano.

Es posible hablar de algunos otros pasajes cargados de inteligencia, que se comentarían con cierto buen humor aunque en su momento debieron estar repletos de tensiones. Podrían llenar anecdotarios inmensos. Menciono, al paso, el del áspero diálogo entre la emperatriz Carlota y los jerarcas católicos que le exigie-

ron al Imperio dar marcha atrás a las Leyes de Reforma y obtener un peso específico sensible para la Iglesia en las políticas públicas. Carlota no cedió: confesó después que tuvo ganas de arrojar al obispo por la ventana del salón del palacio.

No todo fue gusto, seriedad, inteligencia y buen humor dentro de palacio. También hubo épocas en las que el mal talante debió respirarse en el ambiente cortesano. Imaginemos, por ejemplo, al virrey Marqués de Gelves, “hombre de genio endemoniado”, berrinchudo y exagerado según cuentan las crónicas, cuando enfrentaba al arzobispo Juan Pérez de la Cerna, asimismo “poseedor legítimo de un carácter feroz”, ambos “siempre estremecidos por violenta indignación”, según los dibujó Valle-Arizpe. Los dos hombres fuertes de la Nueva España se caían muy mal; de hecho, llevaron su encono al extremo de crear un conflicto político memorable, en el que el arzobispo fue desterrado de la Nueva España pero sólo llegó hasta Teotihuacán, excomulgó al virrey y a otros funcionarios de la Audiencia, y regresó para agitar los ánimos al punto de desatar un tumulto popular que con piedras y fuego ocasionó daños a una de las alas del palacio y más de doscientos heridos y muertos. Este pleito ha dejado alguna memoria: recordemos que la ciudad de México ha sido la única de la cristiandad cuya historia registra tres “entredichos”, es decir, rupturas entre los poderes civiles y religiosos que llevaron a la suspensión del culto y cierre de las iglesias: en 1524, durante la Primera Audiencia, éste de 1624 por el conflicto entre el tremendo virrey marqués de Gelves y el no menos agrio arzobispo Pérez de la

Cerna, y el de 1926 a 1929 que dio como resultado la guerra cristera. El tumulto de 1624 quebrantó la solidez de la intimidad palaciega. Cuenta don Artemio que la “plebe, cada vez más rabiosa, saqueaba, incendiaba después, las casas de los amigos del Virrey, se metió en palacio y andaba frenética por los patios rompiendo y quemando puertas, subió a las habitaciones en las que, sin parar, destrozaba muebles, desgarraba cuadros, alfombras y cortinajes, disputándose entre sí las cosas a puñaladas. Todos querían llegar hasta donde estaba el Marqués de Gelves para tener el exquisito placer de arrojarlo a las llamas y, entre tanto, para castigarlo, le robaban con denuedo todas sus cosas o, simplemente, las rompían con santo fervor, sabiendo que ya no había defensores, y le echaban enormes improperios”. Al final, un mal arreglo luego de un buen pleito... y el palacio saqueado e incendiado.

Las llamas, quizá, fueron los peores enemigos del palacio. Baste pensar, además del tumulto de 1624, por ejemplo, en el incendio que acabó con el Recinto Parlamentario en agosto de 1872 —apenas un mes después de la muerte de don Benito Juárez—, y entre cuyas pérdidas debe apuntarse el de uno de los dos documentos originales del Acta de Consumación de la Independencia. Pero el periodo virreinal vería más ataques del fuego provocado intencionalmente: otro tumulto, tal vez más famoso entre nosotros que el de 1624, fue el de junio de 1692, durante los tiempos del virrey conde de Galve, que dejó en ruinas toda el ala sur-poniente del palacio. Esta vez los asaltantes fueron azuzados por el hambre y la desesperanza. Un mal año para la

agricultura, el de 1691, causó una fuerte carestía. Al grito de “¡Viva nuestro Rey natural y mueran estos cornudos gachupines!”, una turba se lanzó contra el palacio para saquear la Caja Real. Juntaron las tablas de los cajones de las tiendas de la Plaza Mayor y los de la horca y la picota, para quemar las puertas que estaban cerradas. Noventa soldados defendieron el ataque. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, testigo del hecho, escribió que en este motín “era tan en extremo tanta gente, no sólo indios sino de todas las castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas”. Apedrearon al arzobispo Aguiar y Seijas y después prendieron fuego al palacio, quemándose entre lo primero el célebre Balcón de la Virreina hecho de celosías de madera; escribió Sigüenza que “el fuego pasó a la puerta del patio donde están las salas de acuerdo y a las de las dos Audiencias, las Escribanías de Cámara y almacenes de bulas y papel sellado; después de ésta la de la Cárcel de Corte, que había cerrado el alcaide al principiar el ruido [...] luego la del patio grande donde está la vivienda de los virreyes, la Factoría, la Tesorería, Contaduría de Tributos, Alcabalas y Real Hacienda: la Chancillería y Registro, el Tribunal de Bienes de Difuntos, el Almacén de Azogues y Escribanía de Minas y el cuerpo de guardia de la compañía de infantería”. El destrozo fue terrible. En su recuento, el sabio cosmógrafo Sigüenza señaló que “no hubo puerta ni ventana baja en todo palacio, así por la fachada principal que cae a la plaza,

como por la otra que corresponde a la plazuela del Volador, donde está el patio del Tribunal de Cuentas y en él los oficios de gobierno, Juzgado General de los Indios y Capilla Real, en que no hubiese fuego. Esto era por las dos bandas que miran al Occidente y al Mediodía, y por las del Oriente y Septentrión, donde se halla la puerta de los Cuarteles del Parque y la del Jardín, que también quemaron, se vio lo propio”. También, hay que añadir, incendiaron las Casas del Ayuntamiento. Entre las pérdidas, podemos señalar todavía con amargura, están los documentos del Archivo, de los que quedaron tan sólo aquellos que el mismo Sigüenza pudo salvar —entre ellos, los libros capitulares y las primeras Actas de Cabildo de la Ciudad de México del siglo XVI—. Otro testigo, Antonio de Robles, escribió en su *Diario de sucesos notables* que en los muros negros de las ruinas del palacio apareció, al día siguiente del motín, un papel con el verso siguiente: *Este corral se alquila/ para gallos de la tierra/ y gallinas de Castilla*. Testimonio del desastre puede verse en el óleo *Plaza mayor*, de Cristóbal de Villalpando, pintado hacia 1697. Cinco años después regresaron el virrey conde de Moctezuma y su familia al palacio, reconstruido casi en su totalidad de acuerdo a los planos del agustino fray Diego Valverde.

Sin duda igualmente graves fueron otros ataques al palacio, pero aquellos cuyas huellas marcaron con mayor rudeza el destino nacional fueron la conjura contra el virrey José de Iturrigaray en septiembre de 1808, el de los violentos días de julio de 1840 contra Anastasio Bustamante —daños que testimonia una litografía de Pedro Gualdi, nuevamente en la fa-

chada sur y la esquina sur-poniente—, o los trágicos momentos de febrero de 1913, desde la mortal carga del general Bernardo Reyes hasta la prisión del presidente Francisco I. Madero, el vicepresidente José María Pino Suárez y algunos de sus colaboradores cercanos. Otros, en cambio, que se presumía serían terroríficos y resultaron en ocupaciones apacibles fueron, por ejemplo, el de la llegada de los “Pintos” sureños del general Juan Álvarez en 1855 y la de los villistas y zapatistas en diciembre de 1914. Es conocida la anécdota de la fotografía de los caudillos revolucionarios en la que Francisco Villa está sentado en la silla presidencial —aquella que el Taller de Artes y Oficios, antecedente del Instituto Politécnico Nacional regalara a Benito Juárez en 1867—, teniendo a su lado a Emiliano Zapata; se cuenta que luego de las primeras tomas, Villa invita a Zapata a ocupar la silla para las siguientes fotografías, a lo que Zapata se negó diciendo que “esa era una silla encantada: se sentaba un hombre bueno y se levantaba malo” (anécdota que, de acuerdo a una crónica de la época, se debe más bien a Eufemio Zapata).

No sólo del tejido de tragedias se alimenta la memoria de los hombres, parafraseando a los clásicos griegos. También han dejado recuerdo, un mejor recuerdo, los constructores y reformadores, aquellos que remodelaron al edificio y sus interiores —a excepción, claro está, del taurófilo arzobispo virrey don García Guerra—. Destacan, por supuesto, los trabajos realizados bajo las instrucciones de los generales y presidentes Guadalupe Victoria, Mariano Arista, Benito Juárez, Porfirio Díaz, Manuel González, Plutarco Elías Calles,

Luis Echeverría, Ernesto Zedillo y Felipe Calderón; y los emperadores Agustín de Iturbide, Maximiliano y Carlota —a quienes se debe, por ejemplo, la galería de retratos de los próceres de la Independencia, entre otras de las riquezas que adornan los salones del palacio—. Por cierto, y no sin sabor a paradoja, el historiador Víctor Manuel Ruiz Naufal me hizo un curioso señalamiento, que apunto aquí tan sólo para sumar anécdotas: el óleo que retrata a Iturbide sirvió de telón de fondo, sin duda fuera de todo propósito, al catafalco fúnebre de don Benito Juárez en julio de 1872, según se puede ver en alguna de las ilustraciones de la ceremonia luctuosa.

Imaginemos, por último, algunos sucesos trascendentales dentro del palacio que nosotros mismos, los de mayor edad, podemos atestiguar. Pensemos en el balcón presidencial; en general, casi como estereotipo, los testimonios gráficos muestran las espaldas de los presidentes; fueron tomados apenas unos pasos atrás, viendo desde el palacio hacia el Zócalo. Uno de ellos es memorable: frente al fotógrafo estaba el presidente Lázaro Cárdenas al momento de leer su mensaje de expropiación petrolera en 1934. Otro más: el presidente Adolfo López Mateos saluda a los obreros organizados en sindicatos oficiales y en torno a la CTM que abarrotan la Plaza mayor, en 1964, luego de la nacionalización de la industria eléctrica. De la misma estirpe, el presidente José López Portillo, en 1982, recibe muestras de apoyo popular por la nacionalización bancaria. En los tres casos, los ojos del espectador están dentro del palacio, pero sólo puede percibirse la distancia —o la vecindad— del balcón

central, sede del poder máximo, con el espacio público de la Plaza de armas. Son imágenes sueltas, es cierto, pero todas ellas dan fe de un contundente hecho: el edificio, como se anuncia en el subtítulo de este libro, es el “reflejo vivo de la nación”.

*Palacio Nacional. Reflejo vivo de una nación* viene a cubrir una asignatura largamente pendiente, la de ofrecerse como una guía de bolsillo para recorrer esa suerte de *terra ignota* que ha sido el edificio emblemático del poder en México. Libro con el formato ligero de las colecciones de bolsillo —cuya eficacia se mide en las lecturas de viajeros y expedicionarios desde su invención hacia el atardecer del siglo XVI—, con el sello editorial de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, cuidadosamente ilustrado, es una llave informada sin la pesadez de la erudición de los libros que de este tema se encuentran en las bibliotecas, imposibles para el ejercicio del transeúnte.

Diecisiete apartados recorren el velo de este edificio que ha compartido destino con la historia urbana de la ciudad de México y con el devenir nacional. Su singular biografía corre paralela a nuestra historia; sus huéspedes principales, asimismo, fueron los motores de esta historia, a despecho de que la mayoría de ellos, virreyes y presidentes, ahora forman una extensa galería de fantasmas.

Hagamos un repaso por este libro, instrumento de navegación que nos promete cruzar tiempos y espacios por el palacio. Su primera construcción se remonta a los años que siguieron a la Conquista, sobre las ruinas de las Casas Nuevas de

Moctezuma. De este complejo residencial, con habitaciones, salas de gobierno y templos, sin embargo, no quedó más huella que un dibujo del Código Mendocino y las magras piedras rescatadas por los arqueólogos. De ese palacio existe una descripción, hecha con el apenas aproximativo vocabulario de los cronistas virreinales, que acercan al uso de sus distintos espacios y nada a sus formas, al diseño de estucos y esculturas o al riguroso gusto oficial mexicana, pero sí a la idea de la compleja civilización de la república indígena: Audiencias de Causas Civiles, Audiencia para la gente Noble, Consejo de Guerra, trojes, Jardín Botánico, zoológico, casa de los mayordomos, de los Cautivos, de los Cantores y de los Atavíos del Areito, así como el misterioso cuarto de las Lamentaciones o Habitación Oscura.

Las paredes primordiales del edificio virreinal debían alojar a Hernán Cortés, quien se adjudicó el enorme terreno donde estuvieron las Casas Nuevas de Moctezuma a modo de “recompensa por los servicios prestados a la corona española, pero en 1529 la obtuvo en definitiva mediante la Real Cédula expedida el 27 de junio de ese año”. No sin problemas legales, se levantó una fortificación de dos pisos que enclaustraron tres patios de arcos terminados en 1550. Pero Hernán Cortés jamás la habitó (aunque, como fantasma contrahecho, puebla un lienzo en la pared oriente, firmado por Diego Rivera). Su hijo, el célebre Martín Cortés, la heredó y la vendió a Felipe II: a partir de entonces, 1563, fue usada por el “otro yo del rey”, Luis de Velasco el viejo. Por esos años se estableció ahí la Real Casa

de Moneda, la Cárcel de Corte, algunas viviendas y oficiales de la Real Hacienda, la Casa de Armas y la Capilla de la Casa Real. De ello poco queda a la vista, pero esta guía señala su ubicación y permite al viandante pararse sobre las remotas y desaparecidas estructuras.

El viaje por la historia se cifra entre varios discursos históricos a la mano: el de este libro, por supuesto, pero también el discurso explícito de los murales de Diego Rivera —pintados entre 1929 y 1951— y los de los espacios museísticos y biblioteca que salpican el palacio. Destacan, por supuesto, los de los museos Nacional de las Culturas, Recinto Homenaje a Benito Juárez y Recinto Parlamentario. Desde hace ya casi medio siglo salió de ahí el Archivo General de la Nación, pero el Fondo Histórico de Hacienda —ubicado en la que fuera sala de fundición de la antigua Casa de Moneda— cubre las necesidades de consulta especializada. De igual manera, y debo decir que muy de acuerdo con la intención de hacer transparente todo espacio y práctica de la política, con esta guía quedan a la mano las áreas protocolarias de la Presidencia de la República y de la Secretaría de Hacienda; el Salón Guillermo Prieto, el Salón Parlamentario, la escalera de la Emperatriz —con una deliciosa anécdota sobre el vértigo de Carlota—, el Jardín Botánico... Todo ello descrito con clara sobriedad en los textos e imágenes y excelente factura del diseño editorial, dan redondez a un ejercicio que invita a seguir imaginando. Invita, en fin, a ensayar el viaje por el tiempo como medida del espacio de este edificio entrañable, nuestro reflejo.